

Spanish Sermon for Sunday, July 6, 2025

St. Luke/San Lucas Episcopal Church

2 Kings 5:1-14; Psalm 30; Galatians 6:7-16; Luke 10:1-11, 16-20

Dios Todopoderoso, que nos has dado esta buena tierra como herencia: Te suplicamos humildemente que siempre seamos un pueblo consciente de tu favor y dispuesto a cumplir tu voluntad. Bendice nuestra tierra con laboriosidad honorable, sólida erudición y buenas costumbres. Líbranos de la violencia, la discordia y la confusión, del orgullo y la arrogancia, y de todo mal camino. Defiende nuestras libertades y une a las multitudes traídas aquí de diversas tribus y lenguas. Dota del espíritu de sabiduría a quienes en tu Nombre confiamos la autoridad del gobierno, para que haya justicia y paz en casa, y que, mediante la obediencia a tu ley, proclamemos tu alabanza entre las naciones de la tierra. En tiempos de prosperidad, llena nuestros corazones de gratitud, y en el día de la angustia, no permitas que flaquee nuestra confianza en ti; todo lo cual pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Esta es la oración de nuestro libro de oración para nuestro día nacional, que tuvo lugar el viernes. No digo que lo celebramos, porque para muchos no fue una celebración. Más bien, nos apoyamos en las partes de la oración que hablan de aquellos días difíciles; oramos para que, en estos tiempos de violencia, discordia y confusión, en estos días de orgullo y arrogancia, en estas épocas de maldad, oremos para que nuestra confianza en Dios no flaquee. Oramos por sabiduría, por paz y justicia; oramos para que podamos demostrar que estamos contentos de hacer la voluntad de Dios. Sobre todo, oramos, oramos.

Esta ha sido una semana difícil para muchos de nosotros. Como muchos saben, pasé más de 27 años sirviendo a este país como oficial comisionado del Servicio Exterior de Estados Unidos, trabajando en embajadas y misiones de todo el mundo, a menudo codo con codo con colegas de USAID y otras agencias de desarrollo. Intentábamos traer paz y prosperidad al mundo. El martes 1 de julio, USAID fue disuelta como agencia, y miles de personas, estadounidenses y nacionales de otros países, que habían dedicado su vida a ayudar a los demás, ahora están en la calle, sin trabajo. Millones de personas que dependían de nosotros, que confiaron en nosotros para el suministro de medicamentos vitales, se enfrentan a la muerte. Millones de bebés y niños que acudían a nosotros en busca de alimento ahora tienen platos, biberones y estómagos vacíos.

Es fácil, ay, tan fácil, en este punto, enfurecerse, clamar a Dios con ira. Es fácil, ay, tan fácil, dejarse abrumar por la frustración, el resentimiento, la amargura. Es fácil, ay, tan fácil, caer en la oscuridad de la decepción, del desánimo, de la desesperación. Parece particularmente apropiado que nuestra lección de la Epístola de hoy sea de la carta de Pablo a los Gálatas. Es casi como si Dios, con infinita sabiduría, supiera que necesitábamos escuchar estas palabras. Comencemos con un poco de contexto. La carta de Pablo a los Gálatas es uno de los libros más antiguos del Nuevo Testamento, dos

décadas anterior a cualquiera de los evangelios. Y una de las pocas cartas atribuidas a Pablo se considera ampliamente como auténtica.

Pablo escribe a la comunidad cristiana de Galicia y no está contento con ellos. De hecho, está furioso y no se contiene. Como señala Diana Butler Bass en sus Reflexiones Dominicales, «si [Pablo] lo escribiera ahora, se convertiría en un hilo viral en redes sociales». Pablo estaba enojado porque los gálatas estaban librando una gran disputa teológica: ¿Acaso los no judíos tenían que convertirse al judaísmo antes de convertirse al cristianismo? Y esta lucha interna enfureció a Pablo. Estaba enojado con una facción de sus correligionarios que imponía requisitos injustificados a los nuevos conversos gentiles. Defendió a los recién llegados, a un grupo foráneo, a los que no eran bienvenidos y a los marginados. En efecto, como dice Diana, «Pablo estaba defendiendo a los inmigrantes religiosos del cristianismo».

¿Cuál fue su respuesta al problema? Acoger a los forasteros. Integrarlos a la comunidad. Tratarlos como ciudadanos plenos del reino de Dios, hermanos en la familia de la fe. No excluir a otros. No imponer requisitos irrealistas a la inclusión. No tratarlos con crueldad. Hacia el final de la carta de Pablo, tenemos nuestra lección de hoy. No se dejen engañar. No se dejen engañar. No se dejen llevar por el mal camino. Podría predicar un sermón entero solo con esas palabras. Hoy, en nuestra era de desinformación, o la era de la inteligencia artificial y los deepfakes, de verdades a medias y mentiras, es fácil, muy fácil, dejarse engañar. Perderse en la miasma de información distorsionada que nos llega a toda velocidad desde tantas direcciones. Desorientarse, enojarse y confundirse. Sin embargo, Pablo nos fundamenta con estas sencillas palabras: no se dejen engañar: Dios no se deja burlar.

Dios, que defiende la justicia y la paz. Dios, que apoya a los marginados y maltratados. Dios, que llama a todos a amarse unos a otros, así como Dios nos ha amado a nosotros. Ese Dios no se deja burlar. Sí, hoy en día hay muchos en el mundo que se burlan de Dios. Algunos incluso lo hacen en nombre de Dios. Piden actos crueles, la separación de familias, la privación de alimentos a los hambrientos, recortes en la atención médica a los enfermos. Sí, hay quienes, en este momento, se burlan de Dios, rechazan sus enseñanzas y celebran, sí, celebran, sus victorias.

Pero Pablo es claro en sus escritos: Dios no puede ser burlado. Porque, porque cosechamos lo que sembramos. De hecho, esta es la parte más aterradora de este texto. Cosecharemos lo que sembremos. Y ahora mismo, estoy sumamente preocupado por lo que estamos sembrando como país, como pueblo. Encerrar a inmigrantes en jaulas de alambre, rodeados de pantanos infestados de caimanes y serpientes. Eso no va a terminar bien, ni para ellos ni para nosotros. Bombardear otro país. Eso no va a terminar bien, ni para ellos ni para nosotros. Recortar la comida a los niños, la atención médica a los enfermos, el apoyo a los ancianos. Eso no va a terminar bien, ni para ellos ni para nosotros.

Reflexionando sobre este texto, dedicando tiempo a lo que hemos estado sembrando, a lo que cosecharemos. Pueden ver por qué esta semana fue difícil, por qué hubo momentos en que me hundí en la desesperación. No espero con ansias la época de la cosecha.

Afortunadamente, el pasaje no termina ahí. Recuerden, Pablo les escribía a seres humanos reales, personas como nosotros que no controlaban todo el mundo que les rodeaba. Personas que también luchaban contra los poderes, principados y gobernantes de las tinieblas de este mundo. Y así, a ellos y a nosotros, Pablo, inspirado por el Espíritu, escribe estas palabras: «Así que no nos cansemos de hacer lo correcto, porque cosecharemos a su tiempo si no nos damos por vencidos. Así que, siempre que tengamos una oportunidad, trabajemos por el bien de todos».

No se cansen. No se rindan. Sigán haciendo lo correcto. Incluso cuando sea difícil. Incluso cuando parezca que nadamos contra la corriente, que nos empujan hacia atrás en lugar de avanzar. No se cansen. No podemos cambiarlo todo ahora mismo. No podemos cambiar lo que está sucediendo en Washington D. C.

Pero sí tenemos algo que podemos hacer. Siempre que tengamos la oportunidad, trabajemos por el bien de todos. Así que alimentemos a los niños y adultos que vienen a almorzar. Brindemos refugio a las 17 mujeres que viven en nuestra propiedad. Llenemos nuestra despensa de alimentos. Cultivemos y cosechemos nuestro huerto comunitario. Proveamos ropa, pases de autobús y paraguas. Demos la bienvenida a los 19 grupos de apoyo y comunitarios que usan nuestro edificio. Vayamos al parque para apoyar la libertad, la inclusión, la paz y la justicia social. Tratemos a nuestros vecinos y familiares con amabilidad, incluso a aquellos cuyas opiniones políticas y sociales nos parecen aborrecibles. Sigamos abriendo nuestras puertas a los desconocidos, a los inmigrantes y refugiados, a todos los que acuden a nosotros en necesidad.

No podemos cambiarlo todo, pero podemos seguir trabajando por el bien de todos. Podemos seguir sembrando para el Espíritu. Ese es el reto que les dejamos hoy: no se dejen engañar. No se cansen. No se rindan. Siempre que tengamos la oportunidad, trabajemos por el bien de todos, y tengan la seguridad de que Dios se encargará del resto. Amén.